

cion ; y quanto mas parece que el hombre se olvida de sí , mas cuidado tiene la soberbia de hacerle reparar en quanto hace.

DE LA AMBICION.

Sermon para el I. Domingo de Quaresma. Tom. X.

fol. 26.

LA ambicion, este insaciable deseo de elevarnos aún sobre las ruinas de los demás hombres : este gusano que consume el corazon , sin dexarle jamás tranquilo : esta pasion , que es la que principalmente dá movimiento à los artificios è inquietudes de las Cortes , que forma las revoluciones de los estados , y que todos los días dá al Universo nuevos espectáculos : esta pasion , que à todo se atreve , y nada la cuesta trabajo , hace infelíz al hombre à quien domina : el ambicioso de nada goza : no goza de su gloria , porque le parece obscura : ni de sus puestos , porque quiere subir mas alto : ni de su prosperidad , porque ésta se seca , y perece en medio de su abundancia : ni de los respetos que se le tributan , porque éstos están emponzoñados con los que él mismo tiene que tributar : ni del favor , porque éste les es amargo , por tener que dividirlo con sus concurrentes : ni de su sosiego , porque se tiene por mas desgraciado à proporcion que se halla mas tranquilo : su ambicion no solamente le hace infelíz , sino que tambien le degrada , y envilece : ¿ qué ruindades no tiene que practicar para llegar à conseguir ? Necesita manifestarse , no como es en la realidad , sino como los demás quieren que sea. Necesita ser adulador , è incensar , y adorar al ídolo à quien desprecia : necesita ser cobarde , y saber sufrir disgustos y desprecios , y recibirlos como favores : necesita ser

ser disimulado , no conformarse con su propio dictámen , y seguir siempre el ageno : necesita vivir desordenadamente , ser cómplice , y aun acaso ministro de las pasiones de aquellos de quienes depende , y tener parte en sus excesos , para participar con mas seguridad de sus gracias : finalmente , necesita ser hipócrita , fingir algunas veces apariencias de virtud , y manifestarse como justo para conseguir sus fines , y hacer que sirva à la ambicion la misma Religion que la condena : despues de esto , ¿ quién podrá decir que éste es vicio de almas grandes ? Esta es señal de un corazon ruín y cobarde , y el principal distintivo de una alma vil : solamente la obligacion puede conducirnos à la verdadera gloria : la que se debe à las ruindades , y artificios de la ambicion , siempre lleva consigo ciertas señales de infamia que nos afrentan : ésta solamente promete los reynos del mundo , y su gloria à los que se postran delante de la iniquidad , y que se afrentan infamemente à sí mismos : nuestra elevacion nos está continuamente echando en cara nuestra baxeza : nuestros puestos nos acuerdan las vilezas con que los hemos merecido ; y los títulos de nuestros honores , y de nuestras dignidades , son las públicas señales de nuestra ignominia.

Sermon de la Pasion de nuestro Señor Jesu-Christo.

Tom. II. fol. 110.

LA ambicion nos hace falsos , cobardes y tímidos quando hay necesidad de defender los intereses de la verdad : siempre estamos temiendo el desagradar : queremos componerlo , y conciliarlo todo : somos incapaces de rectitud , de candor , de aquella nobleza que inspira el amor à la equidad , y que es la que únicamente forma grandes hombres , buenos vasallos , Ministros fieles , y Magistrados ilustres ; y así,

nadie puede contar con un corazón en quien domina la ambición: en él no hay cosa fija, segura, ni grande: no sigue regla, máxima, ni principio alguno: toma todas las figuras: siempre cede à la voluntad de las pasiones ajenas: está dispuesto, según sopla el viento, ò à defender la equidad, ò à proteger la injusticia: por más que quieran decir que la ambición es pasión de almas grandes, solamente es grande el que ama la verdad, y el que solamente procura agradar por medio de ella.

*Sermon para el I. Domingo de Quaresma. Tom. X.
fol. 28.*

EL buen éxito cubre la infamia de los medios en el ambicioso: éste quiere conseguir sus fines; y no busca más gloria que la que puede guiarle à aquel punto à que aspira: mira aquellas virtudes Romanas, que nada quieren deber sino à la provida, al honor, y à los servicios, como virtudes fabulosas, y de teatro; y se persuade à que aunque en otro tiempo la elevación de pensamientos pudo formar héroes famosos, hoy, solamente las ruindades y vilezas pueden formar los héroes de la fortuna.

*Sermon para el día de la Visitación de nuestra Señora.
Tom. II. fol. 233.*

UN hombre poseído de la ambición no se acobarda con las dificultades que halla en el camino: se deshace, se transforma, violenta su naturaleza, y la sujeta à su pasión: aunque sea naturalmente altivo y soberbio, se le ve que con un semblante tímido y cobarde obedece à las mal dictadas órdenes de un Ministro: que procura merecer con mil baxezas la protección de un subalterno favorecido; y que se abate tan-

tanto, que se confiesa deudor de su fortuna à la vanidad de un criado, ò à la variedad de un esclavo: aunque sea en extremo amante de los placeres, pasa infelizmente en las antesalas, y en obsequiar à los Grandes, el tiempo que en otra parte le está convidando con diversiones: aunque sea enemigo del trabajo, y de los cuidados, se dedica à unas ocupaciones penosas: se priva, no solamente de sus conveniencias, sino también de su sueño, y de su salud por cumplir con ellas: finalmente, aunque sea económico, y aun miserable, se hace liberal y pródigo, todo lo inunda con sus dones, y hasta la afabilidad, y las miradas son precio de sus larguezas.

*Sermon para el I. Domingo de Quaresma. Tom. X.
fol. 28.*

SI la ambición inficiona el corazón de los Reyes, y se apodera de ellos: si el Soberano, olvidandose de que es el protector de la tranquilidad pública prefiere su propia gloria al amor, y à la tranquilidad de sus pueblos: si estima en más conquistar provincias, que reynar en los corazones: si mira como cosa más gloriosa el ser destruidor de sus vecinos, que padre de su pueblo: si el llanto, y la desolación de sus vasallos es el único canto de gloria que acompaña à sus victorias: si hace que sirva para él solo el poder que solamente se le ha confiado para que haga felices à aquellos à quienes gobierna: en una palabra, si solamente es Rey para desgracia de los hombres; y si levanta el ídolo de su grandeza sobre las lágrimas, y ruinas de los pueblos y naciones; ¿qué azote para la tierra! Su gloria siempre estará teñida de sangre: podrá ser que haya algún insensato que cante sus victorias; pero al mismo tiempo las llorarán las provincias, las ciudades, y los campos: se levantarán soberbios

bios monumentos para immortalizar sus conquistas; pero las cenizas, aun calientes, de tantas ciudades que fueron florecientes en otro tiempo, la desolacion de tantos campos privados de su antigua hermosura: las ruinas de tantos muros entre las que han quedado sepultados tantos pacíficos ciudadanos: tantas calamidades como permanecerán despues de su vida, serán otros tantos lúgubres monumentos que immortalizarán su vanidad, y su locura: su vida habrá sido como un torrente que pasa arruinando la tierra; y no como un magestuoso rio, que la llena de alegría, y de abundancia: su nombre permanecerá escrito en los anales de la posteridad entre los conquistadores; pero quando se hable de la historia de su reynado, será para acordarse de los males que ocasionó à los hombres: su soberbia habrá subido hasta el cielo: su cabeza habrá tocado en las nubes: sus felicidades habrán igualado à sus deseos; y todo este conjunto de gloria, no será por último mas que un monton de lodo, que despues de su vida no esparcirá mas que infeccion, y podredumbre.

Sermon de la Pasion de nuestro Señor Jesu-Christo.

Tom. II. fol. 112.

LA ambicion hace que aborrezcamos la verdad y la justicia: las causas justas nos sirven de embarazo: quisieramos que aquellos à quienes es preciso condenar por agradar à otros, fuesen siempre culpados: miramos como desgracia nuestra el estar encargados de su causa: buscamos arbitrios para deshacernos de ella; y en vez de abrazar con alegría la ocasion de socorrer con nuestro ministerio al inocente, huímos de la gloria de una accion laudable, como pudieramos huir de una baxeza.

Ser-

*Sermon para el I. Domingo de Quaresma. Tom. X.
fol. 28.*

EL ambicioso no conoce mas leyes que las que le favorecen: el delito que le ensalza es para él como una virtud que le ennoblece: es amigo infiel, porque ningun caso hace de la amistad, luego que se interesa su fortuna: es mal Ciudadano, porque en tanto estima la verdad en quanto le es útil: nunca perdona al mérito quando éste concurre con él à sus pretensiones: siempre antepone su interés particular al interés público: sacrifica la salud del Estado à sus zelos, apartando del gobierno à los sugetos hábiles, y poniendose él en su lugar: mas quiere vér perecer entre sus manos los negocios públicos, que el que se salven por medio de los cuidados y talentos de otros.

DE LA VANIDAD.

*Oracion fúnebre de Mons. de Villars. Tom. VIII.
fol. 3.*

LOS hombres son insensatos adoradores de las constantes fantasmas en que estriva el siglo presente: solamente los mueven los espectáculos, los vastos proyectos, las empresas ruidosas y los empleos mas distinguidos: miran como virtud obscura todo lo que no es vicio glorioso; y solamente à los grandes excesos saben conceder el título de gran mérito: la inocencia de las costumbres, la buena fé, la afabilidad, la clemencia, la aplicacion al cumplimiento de las obligaciones y la misericordia tienen en sí no sé qué paz, y qué tranquilidad que no se hacen reparables: las maravillas de la fé no tienen el mismo privilegio que las ilusiones de los sentidos: parece que para

Tomo XI.

O

mo-

morir con honor se necesita de alguna cosa mas que de haber sido hombre justo: la solemnidad de los elogios fúnebres parece que necesita ser sostenida por el fausto de los Héros à quienes se alaba; y que el Orador nunca necesita de mas arte que quando solamente tiene que alabar la virtud y la justicia.

*Sermon II. para el dia de la Purificacion. Tom. II.
fol. 48.*

Quando desengañados del mundo nos apartamos de los excesos de las pasiones, no por eso abandonamos la vanidad y la soberbia idea que tenemos formada de la clase y del nacimiento; y queremos que nuestros títulos, por decirlo así, tengan tambien parte en quanto hacemos por el Señor: si consagramos algunos dónes à los templos, las soberbias señales del nombre y de las dignidades han de immortalizar la memoria: si se edifican casas de misericordia, éstas sirven de públicos monumentos de la grandeza de las familias de sus bienhechores; y las señales de la vanidad son casi siempre lo primero que se vé en las obras santas; tal es la flaqueza de los hombres, y particularmente de los Grandes: las virtudes secretas no agradan: no gustamos de aquellas obras de Religion que nos confunden con la multitud: es necesario que todo lo que hacemos por el cielo lleve consigo la señal de lo que somos en la tierra: nos dedicamos à las obras de misericordia; pero queremos tener en ellas los principales honores: nos abatimos à exercitar los mas viles ministerios de la caridad; pero este abatimiento es con fausto, y aun en él mismo estamos dando à conocer que somos grandes: concurrimos à los lugares ocultos, dedicados à los humildes exercicios de la misericordia; pero alli mismo nos damos à conocer por algunas dis-

tin-

ciones de vanidad; y parece que no queremos exponernos al abatimiento, sin habernos dispuesto de antemano el desquite en los elogios.

*Sermon fúnebre del Serenísimo Delphin. Tom. VIII.
fol. 131.*

LOS hombres regularmente no admiran sino los grandes sucesos: la vida de los Príncipes les parece obscura y despreciable; y no les mueve sino hallan en ella aquellas acciones ruidosas que adornan las historias, y en las que las mas veces no han tenido mas parte que haberlas autorizado con su nombre: Las pasiones son casi siempre las que immortalizan à los hombres en el espíritu de los demás hombres: los vicios ruidosos se deriban à la posteridad: una virtud que está siempre encerrada dentro de los límites de su estado, apenas es conocida de su siglo: el Príncipe que prefiere la obligacion à la fama, parece que no ha vivido quando no ha formado proyectos ambiciosos, turbado la paz de los Estados, trastornado el orden de las sucesiones, y de la naturaleza: quando no ha introducido en todas partes la miseria, el horror y la confusion, y aspirado à la fama por el camino de los delitos, no dá con su vida materia à la vanidad de los elogios. Sin duda que es cosa grande alcanzar victorias, y conquistar Provincias; pero aún es cosa mucho mayor el haber sido siempre lo que se debia ser: admira el modo de pensar de casi todos los hombres en este asunto: nada parece que hay que decir quando solamente hay que alabar unas virtudes útiles à la felicidad de los Pueblos, y à la tranquilidad de los Imperios, como si necesitáramos para materia de nuestras alabanzas, ò grandes delitos que disfrazar, ò talentos perniciosos al género humano, para honrarlos

O 2

con

con pomposos elogios : muy merecedores son los hombres de tales Príncipes , quando son capaces de admirarlos.

*Sermon para el dia de la Asumpcion de nuestra Señora.
Tom. II. fol. 206.*

TOda nuestra vida es un continuo estudio de vanidad , con el que procuramos darnos à conocer por aquellos medios que mas nos distinguen , y que nos hacen mas agradables : aun quando Dios nos toca en el corazon , y salimos de nuestros desordenes para abrazar una vida christiana , queremos que el mundo conserve la memoria de los desgraciados talentos y vanas utilidades que sacrificamos quando nos determinamos à abandonarle : nos lisongeamos de que todos los dias se pondere nuestro sacrificio , y que se nos alabe lo que nosotros mismos habemos juzgado digno de desprecio : interiormente nos contemplamos superiores à los demás hombres , como si hubieramos dado à Dios mas que ellos : como si habiendo nacido con mas proporciones para el mundo y para los placeres , no hubieramos tenido mas necesidad de que su gracia , que nos disgustó de ellos , fuese mas fuerte y abundante : como si las misericordias que el Señor ha usado con nosotros pudieran servir de motivo à nuestra ingratitud , y hacernos olvidar de nuestras miserias ; y asi , lo mismo que ha servido de motivo à nuestras caídas y à nuestras desgracias , suele ser tambien causa , quando estamos dedicados à la virtud , de nuestra deplorable vanidad : lo que deberia hacernos mas miserables à nuestra vista , solo suele servir de inspirarnos el desprecio de nuestros próximos , y asi queremos participar à un mismo tiempo de la gloria del mundo y de la de la virtud : queremos que se alaben en nosotros las maravillas de la
gra-

gracia , y los talentos de la vanidad ; y en vez de ocultar à la vista de los hombres lo que somos , queremos que éstos vean lo mismo que à nosotros nos pesa de haber sido.

*Sermon para el IV. Domingo de Quaresma. Tom. V.
fol. 116.*

EN las obras de misericordia regularmente no tenemos ojos para vér sino las miserias mas públicas ; y procuramos con una piedad afectada que el público sea confidente de nuestras liberalidades : algunas veces solemos tomar medidas para ocultarlas ; pero no nos pesa de que alguna indiscrecion las descubra : no anhelamos porque el público las vea ; pero nos alegramos de que repare en ellas , sin solicitarlo nosotros ; y casi siempre miramos como perdidas aquellas limosnas que son ignoradas : en los dones que se dedican à nuestros altares y à nuestros templos , ¿ no estamos viendo los nombres y las señas de sus bienhechores , esto es , los públicos monumentos de la vanidad de nuestros padres y de la nuestra ? ¿ Para qué es esta ostentacion , si no queremos mas testigos que la invisible vista del Padre Celestial ? ¿ Tememos acaso que el Señor se olvide de nuestras ofrendas ? ¿ Ha de ser preciso que desde lo íntimo del santuario en donde le adoramos , no pueda fixar su vista sin hallar en todas partes esta memoria ? Si no tenemos mas fin que agradarle , ¿ de qué sirve exponer nuestras liberalidades à otros ojos que à los suyos ? ¿ Por qué hasta sus mismos ministros , en las mas terribles funciones del sacerdocio , se han de presentar en el altar , adonde solamente deben llevar los pecados del pueblo , revestidos y cargados con las señas de nuestra vanidad ? ¿ De qué sirven esos títulos y esas inscripciones que immortalizan en las sagradas paredes nuestros dones y
nues-

nuestra soberbia? ; no basta el que esos dones estén escritos con la mano del Señor en el libro de la vida? ; De qué sirve gravar en el mármol que ha de perecer, el mérito de una accion à quien la caridad puede hacer immortal?

*Sermon para el dia de la Asumpcion. Tom. II.
fol. 206.*

POcas veces sucede que queramos con sinceridad que se olviden los hombres de lo que nos puede dar estimacion para con ellos: miramos este olvido como una injuria: quisieramos que todo el mundo leyese en nuestra frente, por decirlo así, nuestros talentos y nuestras virtudes, nuestra clase y nuestro nacimiento: y hasta en estos santos retiros, en donde hemos puesto à los pies de los altares los despojos del mundo y de toda su gloria, recogemos con una mano la pompa vana que habiamos sacrificado con la otra: aún se dexa vér por entre la obscuridad del velo santo el falso resplandor del mundo y del nacimiento: queremos gozar en el lugar de la humildad de las mismas distinciones que despreciamos en el mundo; y en el mismo santuario del esposo quieren algunas almas ser conocidas por otro título mas que por el sublime de esposas.

*Sermon para el IV. Domingo de Quaresma. Tom. V.
fol. 117.*

NO alcanzan los privilegios de la Iglesia à satisfacer la vanidad de sus bienhechores: éstos tienen lugares distinguidos en el santuario: sus sepulcros se hallan colocados aún debaxo de los mismos altares, en donde solamente debieran descansar las reliquias de los mártires: tambien se les tributan unos ho-

honores que solo son debidos à la gloria del sacerdocio; y si no ponen la mano en el incensario, à lo menos quieren dividir con el Señor el incienso que se quema en sus altares.

DE LA EMBIDIA.

Sermon para el Viernes Santo. Tom. X. fol. 125.

EN el corazon en que domina la embidia parece que se unen todas las circunstancias mas infames: no hay ruindad que esta pasion no consagre ò justifique: destruye hasta los mas nobles pensamientos de la educacion y del nacimiento; y luego que este veneno se apodera del corazon, hallamos unas almas viles, en donde la naturaleza habia colocado unas almas nobles y generosas: admitimos la amistad de los hombres mas desacreditados y perdidos, luego que éstos abrazan y sirven à la secreta amargura que nos consume: los estimamos luego que se ofrecen à ser viles instrumentos de nuestra pasion; y lo que debiera ser motivo de que nos fuesen mas aborrecibles, es lo que en un instante nos borra todas sus manchas: miramos como mérito el zelo que manifiestan por nuestros intereses; y alabamos en ellos como virtud un infame ministerio de que nosotros mismos nos avergonzamos interiormente.

*Sermon para el Viernes despues de Ceniza. Tom. III.
fol. 95.*

Como la embidia encierra en sí cierta vileza y cobardía, y es una interior confesion que nos hacemos à nosotros mismos de nuestro corto conocimiento, siempre se nos manifiesta baxo de unas falsas exterioridades que nos la disfrazan; pero si exâminamos bien